

Klinenberg, E. (2021)
Palacios del pueblo. Políticas para una sociedad más igualitaria
Madrid: Capitán Swing
290 pp., ISBN 978-84-123902-7-8

En su ensayo *Palacios del pueblo. Políticas para una sociedad más igualitaria*, el sociólogo e investigador estadounidense Eric Klinenberg reflexiona sobre la importancia decisiva que hoy tienen las infraestructuras colectivas, tanto físicas como sociales. A lo largo del texto se hace una defensa acérrima de estas como elementos esenciales en el fortalecimiento del tejido social para la construcción de una comunidad más cohesionada e igualitaria. Cuestiones que, si ya eran relevantes en 2018, cuando se realizó la primera edición de este libro, actualmente adquieren mayor relevancia de cara a la supervivencia como sociedad en un contexto de creciente desigualdad, aislamiento social y crisis medioambiental.

El autor parte de la premisa de que estas infraestructuras urbanas son fundamentales para la convivencia, el civismo y el bienestar social, y que su impacto va mucho más allá de su función práctica. Klinenberg subraya cómo determinados elementos se convierten en espacios privilegiados de encuentro y socialización. Lugares donde los usuarios no solo pueden disfrutar de sus servicios inmediatos, sino donde también tienen la oportunidad de tejer lazos, fortalecer la comunidad y superar las divisiones sociales que, con frecuencia, fragmentan la vida urbana.

En un contexto en el que la digitalización y la competitividad predominan en la vida social, se presenta una perspectiva renovadora al centrarse en espacios de encuentro inclusivos. Al igual que

David Harvey en *Espacios de esperanza* (2005), se sostiene que la ciudad debe concebirse como un bien común, alejándose de la lógica neoliberal que ha convertido el espacio urbano en un escenario de exclusión. Esta transformación, según ambos autores, debilita el tejido social, aumentando la alienación y el aislamiento, cuestión que Richard Sennett ya exploró en *El declive del hombre público* (1978), analizando cómo el aislacionismo y las profundas desigualdades en el acceso a los recursos urbanos generaban tensiones que dificultan el bienestar común.

El autor apunta que, tanto la digitalización de la vida social como la mercantilización de los espacios públicos son dos procesos que erosionan el sentido de comunidad. Aunque la primera puede ofrecer conveniencia, también crea burbujas que refuerzan las divisiones sociales, exacerbando la polarización. En lugar de fomentar espacios comunes donde las personas puedan dialogar y comprenderse mutuamente, Internet y las redes sociales tienden a fortalecer las creencias preexistentes, reduciendo las oportunidades de conexión y entendimiento social. Frente a estas formas de comunicación, las infraestructuras que defiende el autor son esenciales para crear una sociedad más igualitaria y cohesionada, en la que la interacción cara a cara, lejos de ser sustituida por la digital, se convierte en un pilar fundamental de la democracia y la convivencia.

En la misma línea, su preocupación por la privatización y el acceso a los recursos se despliega a lo largo del ensayo. Su perspectiva profundiza en cuestiones ya abordadas en informes como el europeo *Urban Poverty* (Córdoba Hernández *et al.*, 2018), que señala como las áreas más empobrecidas de las ciudades europeas enfrentan un acceso desigual a infraestructuras básicas, como vivienda, transporte público y espacios públicos. Esta desigualdad,

concluía el informe, contribuye a la segregación social, donde las clases más desfavorecidas, al estar excluidas de una planificación urbana inclusiva, viven en condiciones de privación, con infraestructuras obsoletas o en mal estado. Cuestiones que, según el autor, fomentan el desuso de ellas y sus consecuencias negativas.

Esta dinámica, apunta Klinenberg, no solo ha erosionado el sentido de comunidad, sino que ha agravado la desigualdad social, al generar barrios segregados donde el acceso a los recursos urbanos depende del poder adquisitivo. Este proceso está intrínsecamente vinculado a la privatización, que al priorizar el beneficio económico sobre las necesidades sociales, ha debilitado el tejido social. Como resultado, el espacio público deja de ser un lugar común para la convivencia y la interacción, contribuyendo a una polarización y alienación crecientes.

En este contexto, el autor también señala la gentrificación como una manifestación significativa de la segregación social. Barrios anteriormente accesibles para diversas clases sociales se transforman en zonas exclusivas, donde los precios de la vivienda aumentan de manera que solo los más ricos pueden pagarlos. Este fenómeno no solo limita el acceso a la vivienda, sino que también redefine el carácter de los espacios públicos y las interacciones sociales. Comercios, restaurantes y otros servicios se adaptan para atraer a una clientela selecta, excluyendo a quienes no pueden permitirse participar en la vida social de esos barrios. De este modo, el autor advierte sobre los peligros de una sociedad cada vez más fragmentada, en la que las infraestructuras de calidad se convierten en un lujo accesible solo para unos pocos, intensificando las desigualdades y limitando las oportunidades de interacción y cohesión social, como planteaba Manuel Castells en su obra *La cuestión urbana* (1974).

Frente a este panorama de exclusión, propone un modelo de infraestructuras colectivas que refuercen los lazos entre los miembros de la sociedad y faciliten la creación de espacios comunes donde compartir intereses, aprender unos de otros y construir una vida cívica en conjunto. Su premisa fundamental es que estas infraestructuras deben ser públicas o comunitarias, no privadas. A lo largo del ensayo, recurre repetidas veces al ejemplo

de las bibliotecas, que considera un paradigma de infraestructura social. En los países nórdicos, las bibliotecas juegan un papel fundamental en este sentido: funcionan no solo como centros de préstamo de libros, sino también como espacios abiertos e inclusivos donde se organizan actividades educativas, culturales y recreativas para todos los grupos de edad. Estas promueven la igualdad de acceso al conocimiento y la interacción social, reforzando la cohesión comunitaria. Aunque a menudo relegadas a un papel secundario, perduran como lugares de encuentro esenciales. Más allá de su función particular, ofrecen espacios para actividades culturales, talleres, cine y debates, donde se fomenta la participación de la comunidad y se promueve la inclusión social, como ocurría en la biblioteca de *New Lots* entre otras bibliotecas urbanas de Estados Unidos.

Para el autor, las infraestructuras colectivas deben entenderse no solo como herramientas de bienestar, sino como una manifestación de los valores democráticos. Si el Estado o las comunidades locales no se encargan de crear y mantener estas infraestructuras, corremos el riesgo de que se desintegre el tejido social, como ocurre en los Estados Unidos, donde el abandono de los espacios públicos ha contribuido al creciente malestar social y la polarización. El sociólogo defiende la necesidad de invertir en estos espacios para preservar la cohesión social y fortalecer la democracia, evitando que la desigualdad y el individualismo prevalezcan.

El análisis del autor no se limita a las bibliotecas, sino que se extiende a otros espacios de encuentro social, como mercados, parques, huertos urbanos, centros educativos o bares de barrio. Estos lugares desempeñan un papel clave en la construcción de una sociedad más cohesionada, permitiendo a los ciudadanos interactuar, compartir experiencias y aprender unos de otros, lo que fomenta la comprensión y empatía entre diversas comunidades.

En este sentido, la importancia de estas infraestructuras trasciende su función práctica, ya que también actúan como catalizadores para resolver problemas sociales complejos. Klinenberg señala que la falta de espacios de interacción y apoyo comunitario puede agravar cuestiones como el aislamiento social, la adicción o los efectos del

cambio climático como trató en su obra posterior *Heat Wave: A Social Autopsy of Disaster in Chicago* (2003), donde investigaba por qué murió tanta gente sola en casa en determinados barrios durante la ola de calor de 1995 en Chicago. En esta ocasión, demostraría en línea con la preocupación mostrada en *Palacios del pueblo*, que los barrios con una mayor cohesión social y acceso a infraestructuras comunitarias, como centros de reunión y parques, experimentaron menos muertes, mientras que aquellos con una carencia de estos espacios vieron un aumento significativo en las tasas de mortalidad.

Igual que ocurre con otras propuestas de infraestructuras resilientes en ciudades como Nueva York o Barcelona no solo enfocadas en mitigar los efectos del cambio climático, ciertos barrios han demostrado cómo la inversión en infraestructuras sociales no solo mejora la calidad de vida de los ciudadanos, sino que también puede salvar vidas, especialmente en situaciones de crisis.

En definitiva, este libro nos recuerda que las infraestructuras urbanas tienen el poder de transformar las ciudades en espacios más justos,

inclusivos y resilientes ante los desafíos sociales del presente y del futuro.

Rafael Córdoba Hernández
Departamento de Urbanística
y Ordenación del Territorio
Escuela Técnica Superior de Arquitectura
Universidad Politécnica de Madrid

REFERENCIAS

- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. Siglo XXI Editores.
- Córdoba Hernández, R., González García, I., & Guerrero Períñan, G. (2018). *Urban poverty partnership: report about urban deprivation/poverty observatories in the European Union*. <https://ec.europa.eu/futurium/en/urban-poverty/report-about-urban-deprivationpoverty-observatories-eu-universidad-politecnica-de>
- Harvey, D. (2005). *Espacios para la esperanza*. Akal.
- Klinenberg, E. (2003). *Heat Wave: A Social Autopsy of Disaster in Chicago*. University of Chicago Press.
- Sennett, R. (1978). *El declive del hombre público*. Anagrama.